

# EL VIAJE DE HUMPHREY Y LA SUCESION EN ESTADOS UNIDOS



El ministro holandés del Exterior saluda a la señora Humphrey a su llegada a la base de Ypenburg. Humphrey, viejo liberal, ha recibido las protestas destinadas al presidente Johnson, a quien sus consejeros habían preparado para la «tournée» primaveral de la que sus embajadores le hicieron desistir.

**D**STA lejos la época en que los presidentes de los Estados Unidos viajaban por Europa entre vítores y aclamaciones, ofrendas de flores y brindis entusiastas en los salones de recepción de los ayuntamientos. El viaje de Humphrey ha sido penoso. No tanto por los disturbios callejeros, la quema de banderas o las manifestaciones de hostilidad que ha provocado en cada una de las capitales que ha tocado como por la frialdad y el carácter negativo de las entrevistas políticas que ha sostenido con los jefes de Europa. Este era un viaje que debía haber hecho Johnson; sus consejeros habían preparado cuidadosamente lo que debía ser una «tournée» primaveral por el continente europeo y, finalmente, sus embajadores le desaconsejaron de que lo realizara. De Gaulle no pensaba recibirlo, la antes fiel Alemania Federal está ahora resentida por lo que considera un abandono. Johnson es el símbolo de la guerra del Vietnam; las manifestaciones antiamericanas que hubiese provocado su presencia hubiesen sido más violentas y más graves que las que ha podido suscitar Humphrey. Johnson ha acudido, en cambio, a la cita de Punta del Este con los jefes de Estado de las repúblicas hispanoamericanas, rodeado y precedido de un impresionante movimiento policiaco para aclarar de enemigos su camino. En Humphrey veía más posibilidades de éxito en Europa.

No en vano figuró Hubert Horatio Humphrey en el «ticket», en la candidatura presidencial demócrata, como un personaje situado políticamente a la izquierda de Johnson, como una garantía de liberalismo y aun de socialismo. Las derechas americanas consideran a Humphrey como un representante típico de lo que llaman «creeping socialism», o «socialismo rampante». Hubert Humphrey ha exhibido siempre sus simpatías por los sindicatos, se opuso en su tiempo a la ley Taft-Harley que limita el poder obrero y prohíbe las huelgas (la consideró como «profundamente reaccionaria»); procede de una clase no privilegiada —su mujer trabajaba como mecanógrafa mientras él, profesor auxiliar, preparaba su doctorado en ciencias políticas con una tesis acerca de Roosevelt y el «New Deal», que le caracterizó ya como un liberal pragmático— y en su época de senador luchó en favor de la concesión de derechos civiles a los negros, por el fortalecimiento sindical, por la lucha contra la pobreza en las regiones desfavorecidas de su país; muchos ven en él un auténtico precursor de lo que después trataría de realizar Kennedy, e incluso el propio Humphrey trató durante algún tiempo de disputar a Kennedy en 1960 el nombramiento de candidato a la Presidencia por el partido demócrata. Con todos estos antecedentes es obvio decir que Humphrey ha sido considerado por los extremistas de la derecha como comunista y por los menos extremistas de no ser «suficientemente anticomunista». El hecho de haber fundado la «American for Democratic Action», de la que luego fue vicepresidente —una sociedad que es considerada como procomunista por los neonazis americanos—, culminaba en la descripción de un personaje que acaba de recibir una serie de ofensas y agresiones en Europa por considerársele, precisamente, el representante del conservadurismo americano, del capitalismo a ultranza, de la guerra sin excusas morales, de un anticomunismo anacrónico. Es una situación parecida a la que tuvo que sufrir Adlai Stevenson, el intelectual progresista que se vio forzado a defender en la ONU la política de su país que él más había condenado, y que murió en una calle de Londres —en julio de 1956— con el corazón roto por sus propias contradicciones.

Humphrey trata, en todas sus intervenciones públicas, de realizar un equilibrio verbal entre sus tradiciones políticas y los actos que está comprometido a defender. Tiene que sostener una reserva necesaria, porque las ambiciones de Humphrey no se detienen, evidentemente, en este puesto deslucido y disminuido de vicepresidente. La historia de los Estados Unidos ofrece bastantes ejemplos —los tenemos a la mano— de vicepresidentes que han accedido a la Presidencia por defecto del titular y que se han quedado en ella. Todos han significado un cambio radical de política en la nación. Truman sucedió a Roosevelt; el liberalismo interior, la intención de coexistencia con la URSS, el soldo digamos izquierdista de la II Guerra Mundial que se proponía Franklin D. Roosevelt se convirtieron, en manos de su sucesor —fácilmente influido, entonces, por Churchill y por los jefes militares—, en todo lo contrario: de ahí



Los romanos llenaron las calles de octavillas contra la guerra del Vietnam. Humphrey fue alcanzado por la pintura amarilla de los jóvenes manifestantes, cuando se dirigía a la Opera. El «viaje triunfal» ha sido penoso y triste: algaradas en las calles, frialdad y resultados negativos en las entrevistas.

salió la «guerra fría». El ejemplo de lo que ha pasado con la política de Kennedy al pasar, tras su asesinato, a las manos de Johnson, no es preciso subrayarlo. La clave está en que para asegurarse el mayor número de votos posible, para soldar las alas disidentes de su propio partido, cada candidato a presidente lleva en su «ticket», como vicepresidente, un hombre distinto a él, capaz de complementarle en el sentido opuesto. Por eso Johnson se complementó con Humphrey, con un hombre considerado como de izquierdas que pudiera moderar su derechismo. Quiere esto decir que si Hubert Humphrey, por circunstancias accidentales, llegara a la Presidencia de los Estados Unidos, intentaría, al menos, si las fuerzas dominantes se lo permitían, hacer una «apertura a la izquierda» y llevar el país por el sentido contrario al que le está llevando Johnson. Hace poco, Teodor Sorensen, biógrafo de Kennedy y de la gran época de los Estados Unidos, hablando por radio en una estación de Nueva York —la «Wor»— de las posibilidades de sucesión en los Estados Unidos: «Los demócratas tendrán un presidente en funciones en 1968; ningún demócrata, por consiguiente, tratará de optar a la candidatura en la convención demócrata. No sabemos si los demócratas tendrán un presidente en funciones en 1972 que sea reelegible; si el Presidente Johnson muriese entre 1968 y 1972, entonces su vicepresidente sería un presidente en funciones capaz de ser reelegible. No sabemos qué situación se planteará en 1976, y más allá. Por consiguiente, el senador Kennedy no tiene ahora ningún objetivo al que pueda aspirar. Para mí, especular si aspirará algún día a ese objetivo es el colmo del trabajo inútil. En mi opinión, tiene sin duda capacidad presidencial. En cuanto a saber si tendrá algún día la ocasión de solicitar al pueblo americano que confirme esa capacidad... nadie lo puede saber en estos momentos. No pienso que hay la más ligera posibilidad de que el vicepresidente Humphrey se aparte de su camino, ni la más ligera posibilidad de que nadie le pida que salga de ese camino, ni la más remota posibilidad de que el presidente Johnson pida un día al senador Kennedy que sea su vicepresidente».

La sucesión de los Estados Unidos pasa más cerca de Humphrey que del senador Kennedy, por el momento; no ya por preferencias del

## por EDUARDO HARO TEGGLEN

pueblo americano sino porque el mecanismo de la política constitucional en los Estados Unidos no es tan democrático —tan próximo al pueblo— como parece. Se había hablado mucho estos últimos tiempos de que Johnson estaba dispuesto a retirarse antes de las elecciones de 1968, como consecuencia del descenso notable de la popularidad reflejado en las últimas encuestas de la opinión pública. No parece que sea ese su pensamiento; por el contrario, todos sus movimientos indican que trata de recuperar el terreno perdido. Se reflejaba hace poco en estas páginas que el nuevo esfuerzo de guerra en el Vietnam está inscrito en esa preocupación electoral. Posteriormente, un comentarista político americano ha dicho que «Johnson ha encargado a sus generales que le ganen en el Vietnam las elecciones». Puede decirse que Johnson ha enviado a Humphrey a Europa para no perderlas él allí: no podía exponerse a recibir personalmente las ofensas que el vicepresidente ha tenido que enjuagar. Que se quemó otro...

Prácticamente, la utilidad del viaje ha sido nula. Humphrey se ha quejado en su conferencia de prensa en Londres —más bien un debate con veinticinco estudiantes británicos— de que la posición de los jefes europeos da origen a que Hanoi crea que las únicas críticas sobre esta guerra están hechas contra Washington. Es un eufemismo para explicar que uno de los objetivos de su viaje, el de recabar ayuda, por lo menos moral, de los aliados europeos para proseguir la guerra en el Vietnam ha quedado sin cumplir. El otro, el más importante, el de convencerles de la necesidad de un tratado de no-prolifерación nuclear, tampoco ha conseguido penetrar. Según el «New York Times», Humphrey ha hecho, en nombre de Johnson, una concesión importante a Alemania Federal: asegurarle que un tratado de no-prolifерación no impediría la creación de la fuerza nuclear europea, en la que tan ansiosamente desea Alemania-Oeste participar. No veo claramente la posibilidad de armonizar esta contradicción. El viaje de Humphrey no ha dado ningún resultado práctico. El único visible ha sido el de recordar que Europa, en general, no comparte la actual forma americana de ejercer una hegemonía en occidente que, planteada de otra manera, nadie le discutiría.



Tampoco los berlineses del Oeste quedaron fuera del movimiento anti-Johnson. Las manifestaciones fueron particularmente violentas en los alrededores del palacio donde homenajeaban al vicepresidente y la policía intervino con dureza y expeditivamente. Humphrey se «quemó» a cuenta de Johnson.